

Eduardo Cavieres

Servir al soberano sin detrimento del vasallo

Reseña por Margarita Garrido Universidad de los Andes, Bogotá

CON ESTE SUGESTIVO TÍTULO Cavieres se interna en un análisis renovado del comercio y los comerciantes de Chile colonial especialmente en el siglo XVIII, tratando de entender la singularidad regional al tiempo que la forma, la dimensión y el significado de su inserción en el contexto de economías-mundo. El autor sitúa su trabajo en el campo de «la historia colonial desde la perspectiva de la historiografía económica y social y de la historia regional». Para ello parte de los problemas que ocuparon a grandes teóricos del sistema mundial, a historiadores de la economía y la sociedad de Hispanoamérica colonia y a historiadores chilenos, y propone una mirada más de cerca, que hace síntesis de muchos trabajos publicados, aporta nueva documentación, nuevos cálculos y revisa los efectos del decreto de Libre Comercio de 1778. Como resultado general nos mostrará una economía que aunque de pequeña escala, fue mucho más activa, dinámica y moderna de lo que se ha pensado hasta ahora y

cumplió roles importantes y significativos en el espacio económico colonial y en el sistema imperial español.

Haciendo uso de la historiografía reciente, Cavieres ofrece una buena descripción de la organización de las rutas, la capacidad de las flotas, el número de barcos, a la que quisiéramos ver anexado uno o varios mapas. Resalta especialmente los efectos de la apertura del Cabo de Hornos en la década de 1740 y del decreto de Libre Comercio en 1778, como reorientadores de las rutas de intercambio, más que como cambios en los fundamentos del sistema.

Chile fue siempre una economía periférica de la periferia, es decir dependiente del centro colonial, la ciudad del Lima y el puerto del Callao. Ni aún después del decreto de Libre Comercio, cesó completamente esta subordinación. La principal fortaleza de los comerciantes limeños hacia el sur fue el control del tráfico marítimo con Valparaíso. Los empresarios limeños eran due-

ños de la mayoría de los barcos y de los mayores volúmenes de mercancías, además de contar con el refuerzo de las leyes coloniales para fijar precios y decidir las diferencias en los sistemas de pesos y medidas a su favor.

Chile se convirtió en el siglo XVIII en el granero del Perú, y en proveedora de cobre para España especialmente para las fábricas bélicas. Trigo y cobre fueron sus principales exportaciones al Callao y a Cádiz (pasando también por el Callao) respectivamente. Los empresarios Limeños dominaron ambas, la *carrera media* y la *carrera larga*. No obstante en Santiago y Valparaíso se fortaleció una élite mercantil que dominó el comercio de la región, en virtud del crecimiento de la actividad comercial en la segunda mitad del siglo, y se articuló primero (1760s-1770s) a los hacendados cerealeros del Norte, La Serena y Coquimbo, y después (1780s-1790s) a los mineros del cobre, a quienes los grandes comerciantes sirvieron como *habilitadores* de la producción.

Las exportaciones de sebo y cordobanes estuvieron un poco menos concentradas. En las importaciones encontramos conectados al mismo grupo de grandes y nobles limeños controlando el mercado del azúcar unidos a los consignatarios santiaguinos y algunos hombres de

negocios, no tan grandes ni nobles, aunque reconocidos, importando algodón y arroz. En Cádiz también es posible distinguir aun pequeño grupo de individuos y sociedades dominando el comercio hacia el Callao y Valparaíso donde se hicieron representar por sus propios parientes o leales agentes.

La base de la financiación de la actividad mercantil colonial fue el crédito: vender al fiado y a largo plazo. Seguros marítimos y préstamos a riesgo fueron formas corrientes de crédito mercantil en la *carrera larga*. El reparto forzoso de mercancías por parte de los corregidores, especialmente en el Perú, fue una extensión crediticia que como ha demostrado la historiografía andina constituyó un instrumento de la penetración capitalista y una forma de exacción de los escasos excedentes de las comunidades indígenas. También fue una manera de articularse la periferia y el centro: «los excedentes producto de la esfera de la producción sostenían la relación señorial interna de la economía; los excedente producto de la esfera de la circulación, sostenían las relaciones externas de esa economía y conferían parte del valor de la periferia para el centro». (p.145). Pero el crédito con mercancías no solo se daba en el repartimiento, también entre los comerciantes de la *carrera media*

entre Santiago y Lima. Otra forma de crédito fue la habilitación financiera que los comerciantes hacían a los mineros para la puesta en marcha de la producción de cobre. Finalmente el autor sostiene que en Chile, la idea de que el conocido crédito eclesiástico en forma de censos y capellanías hace de la iglesia un banco, debe ser matizada pues la Iglesia no era tan poderosa, fue también una gran deudora y cumplió un rol social al prestar a pequeños propietarios. Lamentablemente los ejemplos para este argumento no nos parecen muy sólidos.

Los comerciantes santiaguinos no dejaron jamás de quejarse de su subordinación al comercio de Lima, de los impuestos, de los precios, de los préstamos forzosos, y de los requerimientos reales que el Virrey trasladaba a las autoridades chilenas y estas a los productores cupríferos sin ofertas de pago y hasta con embargos. Ni el decreto de Libre Comercio de 1778 ni la tardía autorización real para formar Consulado independiente en 1795 los libraron completamente.

Esta élite mercantil de la cual participaban algunos nobles de viejos títulos y otros de títulos recién adquiridos, no fue tan fuerte como la aristocracia mercantil de Lima, y sostuvo unas relaciones ambiguas con sus homólogos y con las auto-

ridades virreinales, y una relación muy respetuosa aunque un tanto recelosa y hasta de resistencia con el rey que incrementaba sin miramientos las exigencias de cobre especialmente en los períodos de guerras. La relativa fortaleza del grupo ante las exigencias coloniales y la creciente diferenciación de roles económicos y complejidad de los negocios lleva al autor a plantear que una forma de capitalismo y un nuevo sector empresarial (comerciantes santiaguinos y comerciantes y productores del Norte) estaba madurando.

Con base en una rica documentación en la que además de los registros del comercio sobresalen las cartas personales entre los comerciantes son representantes en Cádiz, el Callao y Valparaíso, y de estos con sus agentes de diversos niveles en provincia, el autor nos muestra la existencia para 1760s y 1770s de un grupo consolidado de comerciantes con redes de gran extensión, fortalecidas arriba por matrimonios convenientes y lazos familiares y al medio por relaciones de agencia e intereses muy firmes, con conocimiento profundo de los negocios y de las diversas formas de crédito, manejando la exportaciones tanto como las importaciones, aunque con algunas diferencias en su conformación, por el tipo de producto.

Esta élite demostró una capacidad extraordinaria de acomodación a las nuevas circunstancias. Los que fueron los grandes comerciantes santiaguinos de 17760s y 1770s se vieron parcialmente relevados en los 1780s pero su repliegue no significó una deserción del poder ya que en 1840 un alto porcentaje del grupo dirigente chileno lo conformaban ocho de las familias coloniales. Además de esta estrategia para permanecer en la política, la aristocracia mercantil había usado a lo largo del siglo XVIII y primera mitad del XIX otras dos estrategias para sostener su poder económico: la entrada de parte de sus miembros al sistema educativo para poder acceder a cargos calificados; el matrimonio de miembros de la antigua aristocracia que el autor esquematiza en varias etapas: con descendientes de la nueva clase de comerciantes a mediados del XVIII; de estas familias con familias poderosas de las provincias a finales del XVIII y principios del XIX, y de mujeres de estas familias criollas con los recién llegados comerciantes ingleses en la primera mitad del siglo XIX. No

obstante el ennoblecimiento y su corolario en el repliegue a las propiedades rurales para dejar que otros se ocupen del comercio, y la conversión de empresarios en rentistas, fue una tendencia permanente. La conservación de los vínculos se dio principalmente por el mayorazgo con sacrificio de los hijos menores, aunque no siempre se logró. En la coyuntura de la Independencia varias familias se vieron divididas por las alineaciones de sus miembros a los bandos patriotas o realistas, muchos salieron, otros perdieron sus fortunas, pero un buen grupo pasó de monarquistas a republicanos y conservó su preeminencia.

El trabajo de Eduardo Cavieres renueva el debate sobre la economía colonial, aporta síntesis de una multitud de trabajos recientes y nuevas valoraciones que a su vez dejan muchas nuevas preguntas que el autor se cuida de proponer en su texto. Un trabajo tan valioso como éste ha podido tener una edición más cuidadosa.